

## **LAS TRAMAS DE LA VERDAD: CONSIDERACIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA**

JOSÉ C. BERMEJO BARRERA  
(Universidad de Santiago de Compostela)

### **SUMMARY**

The educative process, according to the more traditional point of view, is simply the transmission of a series of data of an intellectual character. In this paper a study is made of History as Knowledge and how it is the result of a series of institutional, social and ideological events, which vary according to the historical circumstances. These events contribute to the formation of the social reality, the development of which shows us the fundamental importance of the transmission of the knowledge of History, essential for the definition of the social and national entities from the nineteenth century on.

En un principio hablar de «las tramas de la verdad» podría parecer un contrasentido, puesto que, parece ser algo comúnmente admitido, que las tramas se urden precisamente para ocultar la verdad bajo el oscuro manto de la mentira. La verdad resplandece, se desvela ante nosotros y se nos manifiesta en toda su plenitud, si no existen obstáculos psicológicos, sociológicos o ideológicos que se lo impidan. Una de las misiones de la enseñanza en general, y de la enseñanza de la Historia en particular, parece ser la transmisión de la verdad. La verdad, en nuestro caso la verdad histórica, le debe ser ofrecida al alumno, al que también deberían proporcionársele medios para que la pudiese descubrir, y por lo tanto nada parecido a una trama tendría que ver con nuestro asunto.

Sin embargo, si consideramos más de cerca la cuestión, la realidad parece ser algo más complicada que esa confesión de buena voluntad que parece dar sentido a la enseñanza en

general y a la enseñanza de la Historia en particular. El conocimiento histórico se articula en una serie de niveles muy complejos, que a su vez están interrelacionados entre sí. La Historia, además de ser un producto elaborado por la química del intelecto, es también un hecho social. Sus resultados se difunden, se transmiten y son aceptados o rechazados en toda una serie de redes institucionales, que son las que, en último término, parece conferirle junto con el refrendo social la validez objetiva. Y la Enseñanza, además de ser el proceso de interrelación entre el profesor y sus discípulos, es también todo un sistema institucional, que se encuadra en cada momento histórico en un marco social y político determinado, que puede llegar a ser, dependiendo de las circunstancias, enormemente determinante.

Convendrá, pues, hacer algunas referencias al juego de todos estos mecanismos, con el fin de poder comprender el funcionamiento de la enseñanza de la Historia en un momento histórico determinado.

## I

En contra de lo que pudiera parecer, y en contra de lo que, a fuerza de repetirlo ha llegado a ser uno de los elementos que componen el sentido común de los historiadores, el primer elemento del que se parte a la hora de escribir la Historia —o por lo menos de la Historia llamada «científica» (aquella que se desarrolla en Europa y el Mundo Occidental a partir del siglo XIX)— no es el hecho que el historiador trata de describir o analizar, sino el documento que nos da acceso al conocimiento de ese hecho. No puede escribirse la Historia de un período de una cultura de la que no poseamos algún tipo de documento. Y, aunque no conviene confundir los documentos con los hechos, lo que suele ser habitual en muchas ocasiones, cuando los historiadores creen que lo único que se puede estudiar de un momento histórico determinado es aquello que está explícito en la documentación, sí que debemos tener presente la primacía del documento como punto de partida y como elemento que permite la formulación de un relato o un análisis histórico «objetivos». El documento es el punto de referencia privilegiado y aquello que permite contrastar las afirmaciones de cada historiador, y por ello debe remitir constantemente a él, mediante un sistema de citas bibliográficas y documentales.

Pero si es cierto que en Historia no existe el hecho bruto, puro, primigenio, aquel con el que el historiador se enfrenta cara a cara sin ningún intermediario, también lo es el que no existe el documento absoluto, aquel que por sí mismo nos revela la verdad de un hecho. Todo documento forma parte de lo que podríamos llamar un *archivo imaginario*. El historiador sabe que para una determinada época puede disponer de unas determinadas clases de documentación. Esas clases pueden ser clasificadas según sus tipos, y es en relación con su tipología como podemos determinar el tipo de información que nos suministran, o lo que es lo mismo, el tipo de hechos a los que nos dan acceso.

Pero si el historiador sabe esto es porque, a su vez, ha superado todo un proceso de aprendizaje profesional que le ha capacitado para lograr el manejo de las fuentes y para poder elaborar un estudio o un relato histórico coherentes. El historiador no habrá inventado ni descubierto la cultura que estudia (en todo caso cuando se descubra una nueva cultura: minoica, micénica, sumeria, siempre habrá que situarla con referencia a otras culturas conocidas) ni el tipo de documentos con el que se encuentra. Se le ha enseñado a distinguir un Tratado diplomático de un documento de compra-venta, o de un poema teogónico; conoce sus partes, sus

fórmulas y sabe qué se puede esperar de él. A lo largo de su proceso educativo el historiador ha admitido —como suele ocurrir en todos los procesos de formación— innumerables nociones que le han venido como «dadas». Se le ha dicho que es *evidente* que no hay historia sin documentos, que los documentos tienen que ser así y que hablan de determinadas cosas que son de las que, en último término, se puede hablar en Historia. Y eso no se debe a ningún capricho. Es así porque ha sido demostrado por toda una tradición historiográfica, porque desde hace mucho tiempo que es así, y porque la autoridad de los principales historiadores así lo confirma.

Si los historiadores fuesen una sociedad de espíritus puros en anhelo e incansable búsqueda de la verdad no habría ningún problema porque todo lo que escribiesen sería verdadero. A los historiadores les gusta presentarse así, pero lo cierto es que la cuestión es un poco más compleja.

Un historiador, o un grupo de historiadores viven en una determinada época, dentro del ámbito de una cultura concreta y, a su vez, se mueven en unos medios académicos e institucionales: bibliotecas, archivos, museos, que tienen unas determinadas reglas de juego. Dichas reglas no sólo dictan los comportamientos externos o los aspectos administrativos de su conducta, sino que también afectan a sus modos de pensar, de concebir su oficio y a sus concepciones del mundo, de la sociedad y de la vida, que aparecerán reflejadas en su obra.

Todo ello quedaría muy claro si pudiésemos examinar los numerosos ejemplos que nos proporciona la Historia de la Historiografía. En ella podemos observar cómo objetos, artefactos y textos que antes no poseían la consideración de fuentes históricas pasan a adquirirla en un momento dado. Piénsese en la valoración como fuentes de los documentos contables, los contratos privados y las fuentes estadísticas a partir del desarrollo de la Historia Económica. O en la valoración de objetos como los pólenes, los restos de huesos, e incluso los hielos de la Antártida como fuentes fundamentales para la Historia del Clima.

Podría decirse que cada época crea su *archivo imaginario* en función de los intereses que orientan sus estudios históricos. Es el lugar del historiador en el tiempo y en el espacio, y por lo tanto su posición, que no dependerá de su voluntad totalmente, la que le hará admitir como documentos unos textos u otros y unos objetos u otros.

Esos *archivos imaginarios* configuran, en cierto sentido, a los archivos reales, que junto con los Museos y las Bibliotecas, se encargarán de recoger y conservar aquello que se considere digno de ser conservado en función de su interés histórico. Y serán esas instituciones las que pondrán a disposición del historiador los materiales que le han de servir como documentos y a partir de los cuales tendrá que escribir su Historia. Tenemos, pues, una primera mediación social que se sitúa justamente en aquel lugar que ha de ser la base de la investigación histórica: en la operación mediante la cual se le otorga el estatuto de documento a un objeto, elaborado por el hombre o no, y mediante la cual se lo coloca en una determinada clase que ha de condicionar su utilización como documento: así por ejemplo si establece que hace referencia a lo imaginario no será aconsejable utilizarlo para estudiar la «realidad» histórica.

Estas operaciones: concesión del estatuto de documento, clasificación tipológica y ordenación en una determinada secuencia, es decir colocación del documento en el conjunto de la documentación, tanto en sentido cronológico como espacial (así, por ejemplo, el documento es parte de un archivo, se sitúa a un determinado nivel en la evolución de las fórmulas diplomáticas, etc.) forman el primer escalón a partir del cual será posible la escritura de la Historia. Todas estas operaciones son una *conditio sine qua non* del conocimiento histórico. Por sí mismas no nos proporcionan conocimiento, el conocimiento vendrá dado por el contenido del texto o la

información que nos reserva el objeto, pero sin ellas ese conocimiento no sería válido.

La Historia no nace de la observación de los hechos del pasado por parte de un historiador imparcial que, como el ojo divino, los contempla a gran distancia, sino de un conjunto de actos humanos, individuales y colectivos, por lo que se decide otorgar significado a un conjunto de objetos y hacerlos referentes de un discurso acerca del pasado, discurso que se legitima a sí mismo concibiéndose como el resultado de una observación directa y desinteresada del mismo.

Pero ¿de qué habla ese discurso? Por supuesto de lo que dicen los documentos, pero también de aquello que permite que los documentos hablen. La información que puede contener un objeto o el sentido de un texto no vienen dados ni por el objeto ni por el texto mismos, sino por las operaciones de interpretación y lectura de los mismos. El sentido no yace únicamente en los documentos, sino en el discurso y en su relación con esos documentos, a través de un círculo hermenéutico, en el que la interpretación nos remite constantemente del documento al discurso y del discurso al documento.

El contenido de ese discurso varía igualmente con los países y las épocas. ¿Qué estudia la Historia? A la vez muchas cosas y una sola. En efecto, al contestar esta pregunta debemos distinguir lo que en Historia sirve como referente general: el Hombre, para la Escuela de los Annales, la lucha de clases para el materialismo histórico, el desarrollo del Espíritu, para Hegel, las Civilizaciones, etc., y los contenidos concretos de cada estudio, a los que teóricamente —pues ello no siempre es así— debería dar sentido ese referente. Los referentes cambian con el tiempo, y varían según las escuelas y los autores, y normalmente el historiador los recibe igualmente a lo largo de su proceso educativo. Si un historiador se ha formado en la Prusia de mediados del siglo XIX habrá sido educado en el Historicismo y considerará que de lo que habla la Historia es del Estado, de su génesis y desarrollo en el terreno institucional y político, diplomático y militar. Eso será para él la Historia, así se la han enseñado y así esperan que la enseñe, ya que social y políticamente existe un consenso que avala esa concepción de la Historia.

Por el contrario un historiador formado en la extinta URSS o en los antiguos países del Este habrá asimilado una versión canónica del materialismo histórico y los mecanismos de la lucha de la clases y la evolución de las sociedades será para él el único contenido del discurso de la Historia. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito, partiendo de situaciones más o menos cerradas, como éstas o más abiertas en las que en un país y en un tiempo conviven concepciones diferentes de la Historia, como suele ocurrir en el Mundo Occidental dentro de los regímenes democráticos. Pero, en cualquier caso, siempre nos encontraremos con una constante. Las concepciones de la Historia estarán estrechamente vinculadas al discurso político, ya sea éste totalitario o democrático.

La evolución del discurso histórico está estrechamente vinculada a la evolución de los discursos políticos, que a su vez dependerán de las circunstancias políticas, económicas y sociales de cada momento. Ello traerá como consecuencia el que el historiador se encuentre determinado por ese conjunto de circunstancias y por esos discursos, pero ello no quiere decir que ese condicionamiento sea absoluto. El historiador, como todo hombre en general es un agente moral libre. El ejercicio de su libertad estará, por supuesto, condicionado por las circunstancias en las que se mueve: políticas, sociales, jurídicas, etc. Pero siempre existe un grado de libertad y siempre ha de darse la opción del asentimiento, libre o forzado, a un régimen político en un momento determinado. Dicho asentimiento podrá poseer diversos grados, y en función de ellos el historiador podrá llegar a ser, desde un apologista del sistema político, mediante la

elaboración de sus textos, a un crítico del mismo, todo ello naturalmente con numerosos grados y matices.

En cualquier caso lo que sí convendrá tener presente es que el historiador se encuentra frente a una segunda mediación social a la hora de desarrollar su investigación del pasado.

Estas dos mediaciones no deben concebirse exclusivamente de modo negativo, pues, si bien es cierto que por una parte condicionan y limitan el trabajo del historiador, también lo es, por otro lado, que lo hacen posible. Evidentemente el trabajo histórico no sería posible si el historiador tuviese siempre que partir de cero y establecer tanto los conceptos básicos de la investigación histórica como sus hechos fundamentales. La investigación en Historia, como en cualquier otro saber, o en cualquier otra ciencia, es posible porque se desarrolla partiendo de una determinada tradición y partiendo de un caudal de conocimientos adquiridos.

Partiendo de su documentación el historiador construye los diferentes objetos históricos, utilizando para ello una serie de nociones que le son indispensables para ordenar sus materiales. El historiador intenta crear conceptos, es decir nociones de validez universal, que le permitan analizar el devenir histórico de la forma más racional posible, como pueden ser las nociones de Estado, Nación, Clase, Coyuntura, Estructura, Ideología, etc. Pero hasta el momento no se ha conseguido crear en Historia un aparato conceptual auténtico: es decir un conjunto de nociones de valor universal. En la definición de algunos de estos conceptos tendremos claramente huellas de tipo simbólico, ideológico y moral, y por ello su aceptación no gozará de validez universal, pudiendo además ser objeto de múltiples lecturas, a veces enormemente contradictorias. Piénsese en las posibilidades de interpretación de un término como Nación, Estado o Clase social y en los debates que puede suscitar no sólo entre historiadores de ideologías opuestas, sino dentro de historiadores de una misma ideología<sup>1</sup>.

La ausencia de nociones de valor universal, unida a la carencia de un lenguaje propio hace a la Historia enormemente vulnerable a los condicionamientos políticos e ideológicos. Pero es que, además de ello, si tenemos en cuenta que en la génesis del estado contemporáneo la Historia pasó a desempeñar un papel privilegiado en la explicación de la génesis de las naciones de los siglos XIX y XX, será fácilmente comprensible su transformación en numerosas ocasiones en un auténtico campo de batalla entre ideologías, cuando no su reducción a mero campo de confrontación política.

Cuando reconstruye el pasado el historiador no sólo utiliza una serie de nociones que aspiran a alcanzar un valor universal, como los conceptos de la Historia económica, la demografía histórica o la crítica literaria, sino que además de ello se ve obligado, dada la propia naturaleza del conocimiento histórico, a manejar simultáneamente con el entendimiento, la razón y la imaginación.

Todo historiador, partiendo de una documentación clasificada y sistematizada necesita recurrir a un conjunto de ideas que le permiten concebir el proceso histórico, como son las ideas de espacio y tiempo —no entendidos en sentido geográfico, sino en un sentido histórico general—, o

---

1 A modo de ejemplo podrá servir el contraste entre las dos versiones fundamentales del materialismo histórico: la centrada en el desarrollo de las fuerzas productivas, y la orientada hacia la lucha de clases. Ver S.H. Rigby, *Marxism and History. A Critical Introduction*, Manchester Univ. Press 1987. Sobre la génesis de estos conceptos en Marx, ver Paul Kägi, *La génesis del materialismo histórico. Karl Marx y la dinámica de la sociedad*, Península, Barcelona 1974 (Viena 1965).

bien las ideas de proceso, agente y causa, o sentido y ley<sup>2</sup>. Este conjunto de ideas se caracteriza por no aportarnos conocimiento directamente. Sin embargo son indispensables para poder concebir el devenir histórico en general. Sin las nociones de espacio, tiempo, proceso, agente y causa y sentido y ley no seríamos capaces de pensar el devenir histórico, a pesar de que dichas ideas no se derivan de la observación de la realidad, sino que son previas a esa misma observación.

Dichas ideas, por otra parte, se entremezclan con una serie de elementos de carácter simbólico que constituyen lo que hemos denominado imaginación histórica y mediante los cuales el historiador configura a la obra histórica como un mundo cerrado, como un universo propio, dotado de una lógica específica. Mediante la imaginación el historiador sabe crear y evocar mundos específicos y dotar a cada uno de ellos de un estilo determinado, logrando percibirlos intuitivamente, una vez determinado dicho estilo. Esos gustos, o sabores, o lo clásico, lo primitivo, lo medieval, que desempeñan un papel fundamental en la Historia del Arte, pero que en modo alguno están ausentes en la Historia, son el producto de la imaginación histórica, quien mediante el uso de una serie de elementos de carácter visual: paisajes, vestidos, armas, construcciones, o de determinados usos, costumbres e instituciones es capaz de configurar con un número de elementos a veces muy escaso todo un mundo. Piénsese en lo fácil que es caracterizar una ciudad romana o un dominio feudal.

La utilización de las ideas de la razón para concebir el proceso histórico es inevitable, puesto que forma parte de las características propias del pensamiento humano. El uso de la imaginación también lo es. Sin embargo convendría añadir una breve aclaración. No hay ninguna alternativa posible a la utilización de las ideas de la razón histórica, es decir, que dichas ideas no podrían nunca ser sustituidas por otras. Sin embargo ello no es así en el caso de la imaginación. El recurso a la imaginación es imprescindible puesto que la imaginación es parte fundamental o constituyente del conocimiento histórico, pero junto a la imaginación constituyente tenemos también a otra imaginación, llamada reguladora que configura de una forma u otra los diferentes universos históricos.

La imaginación histórica evoluciona con el tiempo y varía según los tipos de sociedades. Nosotros, por ejemplo, nos imaginamos a un romano vestido de toga y hablando en el foro, pero en el siglo XVII y XVIII, cuando se evoca a los personajes de la Antigüedad en la literatura o en el arte los vemos ataviados con los ropajes y las pelucas propios de esos siglos. Para nosotros, que vivimos en una cultura que ha institucionalizado la enseñanza de la Historia, eso sería un anacronismo, pero en esa época no lo era, y por esa razón, por ejemplo, tampoco se tenía el menor empacho en actualizar monumentos históricos y hacer añadidos en la catedrales o colocar una fachada barroca a una catedral románica.

La imaginación histórica forma parte de la imaginación colectiva, o si se quiere llamarlo de otra manera de los «imaginarios sociales». Dichos imaginarios constituyen sistemas que nos dan una determinada visión del mundo y nos enseñan a percibir la realidad social y política de una determinada manera. Toda sociedad funciona partiendo de dos tipos de normas: las que se formulan explícitamente y las que no están formuladas en ninguna parte, pero que en ocasiones

---

2 Sobre estos conceptos ver mi libro: *Fundamentación lógica de la Historia*, Madrid 1991. Sobre la concepción de la Historia utilizada en este trabajo pueden verse mis libros siguientes: *Psicoanálisis do conhecimento histórico*, Ed. do Castro, Sada 1982; *O Final da História. Ensaio de História teórica*, Xerais, Vigo 1986; *El Final de la historia. Ensayos de Historia teórica*, Akal, Madrid 1987; y *Replanteamiento de la Historia*, Akal, Madrid 1989.

son más importantes que las primeras. Este segundo tipo de normas regula lo que Norbert Elias llamó el proceso de la civilización<sup>3</sup>, es decir los usos culinarios, higiénicos, del vestido y el tocado y el comportamiento íntimo, familiar o social. Cada sociedad posee unas claves que dan cuenta de todas estas actividades y que discriminan, por ejemplo, lo que es higiénico de lo que no lo es<sup>4</sup>, pudiéndose establecer vinculaciones entre estos sistemas de percepción y los grupos sociales o las épocas históricas.

Estos sistemas de percepción del espacio rural y urbano, de la casa, de la familia y los grupos sociales. Esos sistemas que establecen simbólicamente las diferencias entre los sexos, entre los adultos y los niños, entre los grupos sociales sirven a veces para marcar ritualmente la jerarquía y forman parte de la mente del historiador, quien puede encontrarse con otros sistemas a lo largo de la Historia similares a los de su propia cultura, o con sistemas que le serán extraños. En función de su preparación intelectual y de los patrones que la sociedad en la que vive le imponga, cuando se encuentre ante un sistema extraño de usos, costumbres, símbolos y signos sociales procederá o bien a asimilarlos, llegando a veces a intentar asimilar lo desemejante, como, por ejemplo, el mundo victoriano y la Antigüedad griega, con la que siempre se quiso identificar<sup>5</sup>, o a rechazarlos, condenando a esos otros pueblos a las tinieblas del salvajismo, la barbarie, o a esos compartimentos estancos que en muchas ocasiones son las otras razas o las otras civilizaciones<sup>6</sup>.

Evidentemente hoy pensamos que lo que debe hacer el historiador, ante todo, es tratar de comprender esos mundos diferentes al suyo, y mediante la comparación de esos diferentes sistemas y la confrontación de su cultura con las culturas extrañas tratar de comprender tanto a su propia cultura como al funcionamiento general de las culturas.

Los imaginarios sociales poseen una parte fundamental tanto en la investigación como en la enseñanza de la Historia porque es mediante ellos como se construyen los arquetipos y los personajes históricos y como se configuran escenas típicas como las batallas, los tratados, los distintos tipos de actos políticos, etc.

Normalmente el historiador, sobre todo en las historias nacionales, o de grupos más o menos cerrados, como las iglesias, las sociedades militares, realiza una curiosa operación mediante la cual, por una parte proyecta hacia el pasado el imaginario del presente y hace que ese doble imaginario, nuestra concepción del imaginario del pasado, fundamente el imaginario del presente y el futuro. Piénsese, por ejemplo, en los modelos de conducta que en la Historia de España suponen los Numantinos o los Saguntinos, o Don Pelayo, el Cid Campeador y tantos y tantos héroes presentes en este tipo de historiografía de todos los países.

Los héroes y personajes históricos del pasado poseen una función didáctica, no porque nos enseñen nada acerca de ese mismo pasado, sino porque nos enseñan cómo comportarnos. Nos indican lo que debe ser un buen patriota y buen ciudadano y lo que cabe esperar de él en circunstancias dramáticas o excepcionales. La Historia pasa así a formar parte fundamental de la

---

3 Ver Norbert Elias, *El Proceso de la civilización*, FCE, México 1987. Así como la gran obra de F. Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo*, I-III, Alianza, Madrid 1986.

4 Ver el curioso libro de D. Laporte, *Historia de la mierda*, Pretextos, Valencia 1981, y sobre la historia de los olores, Alain Corbin, *El Perfume y el miasma*, FCE, México 1987 (París 1982).

5 Ver el libro de Frank M. Turner, *The Greek Heritage in Victorian Britain*, Yale Univ. Press, New Haven — London 1981.

6 Ver, a nivel general, Christian de la Champagne, *Racismo y Occidente*, Argos, Barcelona 1983 (París 1983).

educación política, existiendo, evidentemente una cierta consonancia entre el tipo de régimen político y lo que ese régimen espera de la enseñanza de la Historia.

A través de este breve recorrido hemos podido ir comprobando cómo en la elaboración de la Historia entran a formar parte una serie de elementos de naturaleza bastante compleja. Tenemos aportaciones individuales y colectivas, elementos racionales e irracionales, pero todo ello entramado de tal forma que constituye un sistema enormemente complejo que posee como finalidad la producción de un determinado tipo de verdad que las sociedades contemporáneas manejan, crean y transforman porque forma parte de su propio tejido social.

La verdad histórica no solamente es un elaborado producto de la razón, sino el resultado de la acción conjunta de la sensibilidad, el entendimiento, la razón y la imaginación históricas, además de ser un producto consumido socialmente. Y todos estos aspectos no son en modo alguno contradictorios, sino facetas de una única realidad, como es la génesis y difusión del conocimiento histórico.

Naturalmente, la aceptación de nuestra propuesta llevará implícita la reformulación de la noción filosófica de verdad, que no nos compete y que excede los límites de este trabajo, pero, sin pretender entrar en detalles podremos decir que en el mismo sentido en que nos hemos pronunciado se viene pronunciando recientemente la filosofía de la ciencia, que, dejando a un lado el viejo concepto metafísico no ha cesado de destacar en los últimos años el papel que las comunidades científicas desempeñan en la configuración de la verdad.

En la actualidad la ciencia no sería posible no sólo sin las comunidades científicas que la producen, sino también sin todo un entramado industrial, tecnológico y financiero que la hace posible. La importancia de ese entramado es tal que puede llegar a condicionar las principales líneas de investigación en numerosos campos, así como frenar otros. Pero, al igual que ocurría en el caso de la Historia los grupos sociales, económicos y políticos que hacen posible el desarrollo científico no son únicamente circunstancias externas a ese desarrollo, sino parte constitutiva del mismo hasta el punto de que un sociólogo de la ciencia, Barry Barnes, ha llegado a afirmar que: «el conocimiento científico, nos vemos obligados a decir, se basa no en la experiencia como tal, sino en la experiencia de la profesión científica»<sup>7</sup>, que edifica sobre la autoridad su posición sobre la sociedad, tras desbancar en muchos terrenos las prerrogativas del clero.

La verdad, en la ciencia y en la Historia pasa de ser casi una prerrogativa que el hombre comparte con la divinidad a ser un producto que él mismo elabora, un producto muy delicado, de complejísima elaboración, cuya producción no está al alcance de todos, y que no todo el mundo utiliza de la misma manera. En las ciencias la mayor parte de la población logra alcanzar sus verdades mediante el uso que de las mismas se hace en sus aplicaciones tecnológicas. En la Historia, las teorías más complejas se reducen muchas veces a unas ideas muy simples o a unos meros tópicos que sirven para orientar la acción política y para intentar formar y controlar la conciencia moral de los ciudadanos.

---

7 Barry Barnes, *Sobre Ciencia*, Labor, Barcelona 1987 (Oxford 1985), p. 47.



## II

La investigación histórica, como la investigación científica, no está al alcance de cualquiera. Para poder acceder a ambas se necesita una buena formación como especialista, antes de que se puedan aportar algunos frutos al campo común de los conocimientos adquiridos. Sin embargo sí que podemos afirmar que la mayoría de la población comparte una serie de nociones acerca del pasado de la humanidad y del pasado de su país, que se pueden adquirir por distintos medios, de los cuales la educación está dejando de poseer un papel privilegiado.

Ya habíamos indicado con anterioridad que el discurso histórico, en tanto que constituido a través de la imaginación poseía caracteres en común con los diferentes géneros de la literatura. Literatura e Historia, y hoy en día en forma cada vez más creciente los medios de comunicación audiovisuales, difunden constantemente imágenes acerca del pasado. Todos estos medios podrán actuar coordinada o descoordinadamente y privilegiar unos u otros temas según las circunstancias.

El siglo XIX fue, como es sabido, el gran siglo de la Historia. Pero también lo fue de la novela, y de la novela histórica, y ello no fue así por casualidad, puesto que tanto la novela como la Historia son dos géneros que buscan lograr en el lector el llamado «efecto realidad» y que intentan con sus textos darnos acceso directo a la verdad, a la realidad misma. Dicha verdad, en el caso de la novela, será, por supuesto, el elaborado producto de una ficción literaria y en la Historia el resultado de un juego bastante complejo al que hemos intentado acercarnos<sup>8</sup>. Pero en ambos casos, al igual que ocurrirá más tarde con los medios audiovisuales, el valor de esa verdad estará en último término determinado por su recepción social.

En el pasado siglo la Historia no tenía que competir, en su labor de configuración del pasado, más que con la novela histórica, que a veces se documentaba en la investigación histórica, pero que en otras ocasiones la orientaba, y con los residuos de las viejas concepciones teológicas, que poco a poco iban siendo desbancadas por el avance de las distintas ciencias. Y a su vez, el pasado al que se hacía únicamente referencia era el pasado nacional, piénsese en Sir Walter Scott, o la novela histórica española, o gallega. Había un único pasado al que referirse y unos medios muy semejantes: la letra impresa, para acercarnos a él.

En la actualidad la situación se ha vuelto muy compleja y ello hace que la enseñanza de la Historia pueda perder parte de su sentido tradicional, el que todavía conservó en el primer franquismo. En primer lugar frente a la letra impresa y a la enseñanza institucionalizada de la Historia tenemos los medios audiovisuales, que poseen una eficacia muchísimo mayor a la hora de hacer presente en el conjunto del tejido social una determinada concepción del pasado o una determinada idea. Y por otra parte el pasado al que se hace referencia ya no es estrictamente el pasado nacional, ya sea de los nacionalismos centrales o periféricos en Europa, sino el pasado de países lejanos, pero que controlan el mercado cinematográfico y televisivo. Piénsese, por ejemplo, en la difusión de determinados episodios o etapas de la historia americana o alemana a través del cine y la televisión.

Ya no hay un pasado único como referente, el pasado nacional, sino una pluralidad de pasados, lo cual es muy positivo para la formación histórica. Pero las visiones de esos pasados

---

8 Ver sobre el «efecto realidad», F.R. Ankersmit, *The reality effect in the writing of history; the dynamics of historiographical topology*, Medelingen der Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen, Deel, 52.1, Amsterdam 1989.

*Ilustración I: LA PATRIA AL ALCANCE DE LOS NIÑOS. Frontispicio del libro de F.T.D., Historia de España, segundo grado, sexta edición, Editorial F.T.D., Barcelona 1930; obsérvese que no se trata de un libro franquista.*



*España, la patria mía y la patria de mi raza,  
tú eres vida de mi vida y eres alma de mi alma.*

*Tu cabeza alzas a Europa, estribas tus pies en África,  
miras hacia el Nuevo Mundo, vuelves al viejo la espalda:  
de Europa fuiste cabeza, al moro aplastó tu planta,  
engendraste un nuevo mundo, refrenaste al turco de Asia.*

*El sol jamás se ponía en tus dominios, España,  
jamás se pondrá ya el sol en las tierras de tu raza:  
cien pueblos te llaman madre con palabras castellanas.  
Patria de excelsos guerreros y dechado de obras santas,  
no hubo poder en la tierra que al tuyo se comparara.*

*La vida que tú me diste por ti quisiera yo darla,  
que eres vida de mi vida y eres alma de mi alma.*

están en muchos casos elaboradas con claves muy estereotipadas, que pueden estar bastante alejadas de la supuesta realidad histórica.

El peso de esos medios de comunicación y el retroceso evidente del universo de la letra impresa puede hacer que los mensajes transmitidos mediante ésta pierdan su sentido, por chocar con los mensajes hegemónicos en lo que a la configuración del pasado se refiere. Y ello obligará necesariamente a replantear algunos de los objetivos fundamentales de la enseñanza de la Historia.

Ilustración 2: ESTAMPAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA: 1) «Primeros pobladores de España»; 2) «Primer grito de independencia contra los romanos»; 3) «Asesinato de Sertorio» (que pone de manifiesto la vileza de los romanos); 4) «Último día de Numancia». (F.T.D., Historia de España).



1



2



3



4

Durante el pasado siglo, que es cuando se institucionalizó la enseñanza de la Historia, tanto en las Universidades como en los niveles medio e inferior, durante el pasado siglo, cuando se crea el mito de la «educación nacional», se consideró que los historiadores deberían investigar el pasado de su país, estudiar su génesis como nación, y tratar de justificar un lugar para cada estado nacional bajo el sol del concierto internacional de los estados.

Primero se intentó salvar el patrimonio histórico de cada país, creando museos y archivos, editando las principales fuentes para la Historia del mismo, como los *Monumenta Germaniae Historiae*, o las grandes crónicas de la Historia de Francia, etc. En segundo lugar se orientó la investigación hacia el estudio de la génesis de los grandes estados nación, tal y como hizo la escuela histórica prusiana, o los grandes historiadores nacionales como Michelet, Taine, etc. En un tercer nivel la enseñanza y la vulgarización de la Historia debería perseguir esos mismos fines (ver ilustración 1): formar ciudadanos y patriotas y proporcionar un discurso que justifique la conducta que se espera de ellos. La vulgarización de la Historia llega incluso a reducirse al trazado de una galería de personajes y escenas tipo que han de servir como referentes de este tipo de conducta (ver ilustraciones 2 y 3).

Esta situación se irá consolidando a lo largo del pasado siglo y llegará hasta el siglo XX, por lo menos hasta ese auténtico fin del siglo XIX que es la Primera Guerra Mundial. A partir de entonces la situación se hace un poco más compleja. Por una parte ya venían existiendo

## ESPAÑOLES ILUSTRES DE LA ÉPOCA ROMANA



SÉNECA EL FILÓSOFO



LUCANO



COLUMELA



MARCIAL



SAN DÁMASO



QUINTILIANO



ADRIANO



TRAJANO



TEODOSIO

*Ilustración 3: «Españoles ilustres de época romana» (F.T.D., Historia de España).*

historias no nacionales: las llamadas Historias Universales, que, aunque en ocasiones desembocan en historias nacionales —piénsese en la *Introducción a la Historia Universal* de Michelet en la que el devenir histórico universal sólo alcanza sentido en relación con la existencia de Francia—, por lo general mantuvieron una tradición independiente, en la que el referente en

torno al que se construye el pasado: la humanidad, supera con mucho los estrechos límites de la comunidad nacional.

A esta tradición vino a sumarse la de la Historia Socialista, y posteriormente el materialismo histórico, que claramente intenta, hasta que fracasa con la Primera Guerra Mundial, lograr que el proletariado como clase no respete los límites de los estados nacionales. Para este tipo de Historia el referente será el trabajador de todas las épocas. Sus leyes evolutivas serán económicas, y no políticas, y por lo tanto superará los límites de las historiografías nacionales.

Esta tradición se desarrollará, fuera de los límites del marxismo, a partir de los años veinte, con el surgimiento de la Historia económica y social, que si bien, en un principio se mostrará también ajena a las historiografías nacionales, poco a poco se integrará con ellas, a las que vendrá a enriquecer, otorgándole unas nuevas dimensiones. Pero, aunque ello fuera así, lo importante es destacar que se había introducido un nuevo referente, ya no se tratará únicamente del ciudadano, sino también del trabajador, el comerciante y el rentista, y la nación ya no es un bloque tan monolítico estructurado en torno a las instituciones políticas, sino una realidad más compleja por la que circulan tensiones económicas y sociales.

Una nación ya no será sólo una de las unidades que forman el mapa político de un determinado momento, ni simplemente una de las protagonistas de la política exterior, sino una realidad tan compleja como la que intentó trazar Fernand Braudel en su último libro<sup>9</sup>. Es decir una realidad geográfica, que no tiene por qué ser unitaria, un conjunto de culturas materiales, de formas de organización social y económica que en un determinado momento histórico se plasman en una unidad, del tipo que sea, de carácter político.

Al no ser ya la nación y el estado los únicos referentes privilegiados del discurso histórico la misión de la Historia y la finalidad de su enseñanza se harán mucho más complejas, puesto que el hombre y la mujer ya no sólo serán ciudadanos, sino también miembros de un sexo, un grupo o una clase, fieles de una determinada religión, que no tiene por qué coincidir con la nacional y partícipes de diversas ideologías. La Historia se hace cada vez más plural y la multidimensionalidad de las personas permite su acercamiento a otras naciones o culturas. Si la historia de los trabajadores superaba los límites de la historiografía nacional también lo hará la de la creencias religiosas, la de las mujeres o la de la infancia, la de la demografía y los movimientos de población y la de la filosofía, la ciencia y las ideas. La misión de la Historia ya no será sólo la de formar ciudadanos o patriotas, sino ante todo seres humanos capaces de entender la situación en la que se encuentran y de comprender la relación de su cultura y de su país con las otras culturas y países existentes.

La Historia, como diría Kant, se orientará en sentido cosmopolita. Su referente no será la crónica, más o menos exaltada y nerviosa de los enfrentamientos de un país con sus vecinos, sino el estudio del desarrollo de las diferentes culturas, de su interrelación, pero dentro del ámbito del progreso y emancipación del género humano. En el caso de Kant era evidente que su concepción de la Historia estaba estrechamente vinculada a su filosofía moral y política de forma explícita. Kant no pretendió justificar con las pretensiones de una supuesta ciencia sus convicciones morales, sino que fue partiendo de ellas como concibió una filosofía de la Historia Universal.

---

9 Ver *La Identidad de Francia*, I-III, Gedisa, Barcelona 1993 (París 1987).

El camino trazado por Kant, en este sentido, posee un gran interés en el momento actual si lo ponemos en relación con algunos de los problemas que la investigación y la enseñanza de la Historia plantean. Pues, es solamente partiendo de una determinada opción moral y política como el conocimiento histórico se hace posible. Entendámonos, ello no quiere decir que el conocimiento histórico sea el esclavo de las morales o las opciones políticas, sino que sin una postura política previa el conocimiento histórico no sería posible. Así, por ejemplo, sin una decidida postura moral a favor de los oprimidos y los explotados el marxismo como filosofía política y el materialismo histórico como disciplina no tendrían sentido, como tampoco lo tendría la Historia nacional, sin estar basada en una ética patriótica.

Hasta ahora, en la mayor parte de los casos, se esperaba de la Historia que diese coartadas para justificar determinadas morales, con lo que así pasaba a desempeñar un importante papel ideológico. De lo que se trataría de ahora en adelante más bien sería de desmontar esas coartadas, de indicar que la Historia lo puede justificar todo, o no justificar nada, y que la moral en la Historia no es un punto de llegada, sino un punto de partida.

El historiador normalmente se enfrenta a tres sistemas morales a la vez. En primer lugar el de su propia cultura, en segundo lugar el de la cultura que estudia y en tercer lugar el sistema ideal de las ideas morales y los derechos humanos, que como tal nunca llegará a realizarse, pero al que se debe aspirar como meta. Lo que no deberá el historiador es ni rechazar un sistema moral que le es ajeno, ni asimilarlo forzosamente al suyo, como hacía en el caso de los imaginarios sociales, sino valorar y tratar de comprender el sistema que estudia, confrontándolo con el suyo propio, pero teniendo siempre como referencia ese otro sistema ideal.

Partiendo de esa perspectiva la Historia puede ayudar, mediante su enseñanza, a desarrollar la capacidad para formar el juicio moral de los ciudadanos, además de proporcionarles informaciones indispensables acerca de su propio pasado y del de otras culturas que le son ajenas, pero que están dotadas de los mismos derechos que la suya propia.

Esta perspectiva permite desarrollar un esquema de la Historia Universal que no posea carácter etnocéntrico, que no conciba Europa como el fin y como el más elaborado producto de la evolución histórica. Una Historia Universal en la que el progreso no se considera a nivel global sino de forma sectorial, examinando sus grados y sus implicaciones en todos los campos (viendo, por ejemplo, las contrapartidas que tiene el dominio progresivo de la energía). Una Historia universal en la que cada cultura no es sólo una fase de desarrollo hacia otra cultura superior, sino una fase del desarrollo que pudo haberse quizás configurado de otra manera y que quizás hubiera podido pervivir. Una Historia Universal, en suma, en la que se aúnan libertad y necesidad para configurar el recorrido de una especie en la naturaleza, recorrido sembrado tanto de éxitos como de fracasos.

Naturalmente que estas propuestas morales no serán siempre fáciles de mantener. La Historia, hasta ahora, ha poseído, y posee, una importante misión ideológica, y las instituciones que la financian pretenderán que la siga cumpliendo. La enseñanza de la Historia concebida en este sentido sólo será posible en un estado democrático en el que se respete la pluralidad de las opciones políticas de sus ciudadanos y en el que esté institucionalizada la crítica del poder establecido. La enseñanza de la Historia, por lo tanto, también puede contribuir al logro de esos objetivos.

Pero hay numerosos obstáculos que se opondrán a ello. Si dejamos a un lado a la autoridad política, que en un estado democrático no puede, o por lo menos no debe, inmiscuirse en el control ideológico de la enseñanza. En el caso de la Historia nos enfrentamos en la actualidad,

como decíamos, a que su enseñanza y su difusión mediante la letra impresa entra en competencia con la concepción de la misma que se da en los medios audiovisuales y con las consignas de los diferentes grupos políticos, quedando los profesionales de la investigación y la enseñanza de la Historia —que a veces también son partícipes de esas mismas concepciones— relegados a un papel secundario.

Las concepciones del pasado que se difunden a través de la prensa escrita o audiovisual y las que manejan partidos políticos y diferentes grupos sociales, iglesias, etc. poseen una gran fuerza, que les viene dada por el poder de los grupos que las formulan y por la capacidad que poseen los medios de comunicación de crear consenso. El historiador ha de estar alerta frente a ellas, no porque provengan de esos medios, sino porque suelen manifestar sus intereses más inmediatos. El historiador deberá ser capaz de hacer una crítica de las mismas y deberá, junto con la transmisión de la información histórica, intentar también transmitir esa capacidad a sus alumnos. O la enseñanza de la Historia adquiere una dimensión crítica, o poco a poco quedará reducida casi a la nada, puesto que los mensajes que antaño transmitieron los libros y la enseñanza de la Historia pueden ser mejor transmitidos por otros medios.

Pero no se tratará de establecer una pugna entre medios, en la que los historiadores tendrían la derrota asegurada de antemano, sino de destacar un papel general de la enseñanza, del que la Historia sería meramente partícipe. Se trata de proporcionar una serie de conocimientos, pero también de desarrollar una capacidad de criticarlos, no en sus fundamentos teóricos, lo que normalmente será difícil, sino en un sentido moral valorando lo que ya Nietzsche llamó la utilidad y el prejuicio de los estudios históricos para la vida.

La utilización de medios audiovisuales, por el contrario, podrá ser de una inestimable ayuda para esta labor, puesto que estos medios, en primer lugar nos proporcionan un acceso más fácil y mejor a sectores de la realidad geográfica, arqueológica, artística e histórica a los que muy difícilmente tiene acceso la letra impresa. Y por otra parte el conocimiento de esos medios en este lado positivo, y en sus lados negativos, en su capacidad manipuladora han de constituir un instrumento indispensable para poder ejercer una crítica de sus contenidos.